

CAPITULO LIIL.

LA ORGÍA.

Enrique estaba junto á un estanque del jardín echando miguitas á los peces, cuando sintió de improviso una palmada en el hombro.

Volvió el rostro con sobresalto, y viendo que era su amigo don Julian, dijo con gravedad:

—No tienes que venirte con chanzonetas.

—¿Cómo así, chico?

—Estoy muy enojado contigo.

—Lo siento... ¿y no puedo saber la causa de ese enojo?

—He disgustado mucho á mamá por tu causa, y esta mañana me ha tenido dos horas diciéndome unas cosas tan...

—¿Impertinentes, no es verdad? Las mamás son pesadas cuando empiezan á hendilgar consejos de sana moral...

—¡Estaba tan enfadada!... Y á mí me duele mucho verla dis-

gustada por culpa mia... Y á fé que cuando te vea no vá á ponerte muy buena cara.

—Pues tranquilízate; me ha visto ya, hemos hablado, y acabo de dejarla muy contenta.

—¿Es cierto?

—No me ha costado poco trabajo enmendar tus desatinos. ¿Dónde se ha visto contar á tu madre lo que haces fuera de casa?

—¿Sabia yo acaso lo que me decia? Me hiciste beber tanto *Champagne*...

—Ya veo yo que eres un alfeñique. Y luego te incomodas cuando la Claudia te llama pollo. Los hombres deben tener resistencia para todo. A propósito de la Claudia ¿has olvidado la cita?

—¿Qué cita?

—¡Vaya un hombre de formalidad! ¿Pues no le prometimos á ella lo mismo que á su hermana, que almorzaríamos en su casa hoy á la una?

—Yo no voy.

—Cuando se dá una palabra, es preciso cumplirla, caballero. No creo que tu mamá pudiera darte un consejo mas sano.

—Mamá no podria nunca aprobar que acudiese á esa cita, ni me daria hoy permiso para salir de casa después de mi comportamiento de anoche.

—Tu mamá es mas razonable que tú, y conociendo que yo no puedo llevarte por veredas estraviadas, me ha dado ya su consentimiento para llevarte conmigo.

—¿De veras?

—Lo que oyes... con que no te vengas ahora con reparos. Nos aguardan otros amigos en el café. Vente bien provisto de monedas...

—Las tengo fresquitas, chico... acabaditas de coger.... como dicen las aguadoras de Madrid.

—¡Perillan! ¡buena alhaja eres!

—Como estamos á principios de mes, y le gusta á mamá que socorra á los desvalidos...

—Hoy empezaremos por socorrer á las desvalidas... Ya verás que lindas muchachas.

—¿Las dos hermanas que ví anoche en el baile?

—Y otras que no les van en zaga... ¿Qué habíamos de hacer con dos muchachas para seis hombres? Ya ves como te doy el título de hombre. Con que anda... quitate ese sombrerito de pasillo Fileno, y aviate.

—Vamos á mi cuarto. Pero dime ¿y he de pagar yo solo el gasto de tanta gente?

—¡Oh! de ningún modo podíamos permitirlo. Tú harás el papel principal, el de protagonista como dicen los poetas, satisfarás la cuenta de todo, y luego por partes iguales te reintegraremos de lo que nos corresponda. Un anticipo voluntario.

—Sí, como otras veces, muy listos para comer; pero para pagar...

—Tú eres rico, y los demás somos pobres. Así cumples con el precepto de socorrer á los desvalidos, que te intima tu mamá. Ya ves, los preceptos de una madre son órdenes sagradas, y un buen hijo no debe nunca dejarlas de cumplir. Si esto no es darte buenos consejos de moral, que venga Dios y lo vea.

... ..
 Dos horas después de la precedente conversacion, seis mozalvetes mas ó menos elegantes, pero todos de buen humor, retozaban con seis muchachas, mas ó menos lindas, pero todas igual-

mente coquetas y ataviadas con voluptuosa donosura.

El recinto donde esta cinica escena pasaba, era una sala adornada de lúbricas pinturas; y si no eran los muebles de costoso lujo, estaban colocados con gusto, y todo respiraba aseo.

Un delicioso perfume daba cierto aspecto oriental á la estancia.

—¡Que cante la dueña de la casa!—dijo uno de los precoces libertinos.

—¡Que cante! ¡Que cante!—repitieron los otros mozalvetes.

Y después de un breve prelude en la guitarra, punteado con mucha coquetería, cantó la Claudia donosísimamente dos estrofas de la cancion de *Los Pollos*, en estos términos:

Los párvulos en el día
 suelen tener gran fortuna,
 pues de las viejas, no hay una
 que no les rinda ovacion.

Para dientes *delicados*
 que mascan tiernos cogollos,
 son escelentes los pollos
 que salen del cascaron.

—
 Ellos son los predilectos
 de las tertulias de tono,
 y con sus gestos de mono
 aumentan la diversion.

Mas si te incomodan, Laura,
 enarbola tu chinela;
 una zurra... y á la escuela
 con el Fleuri y el Caton.

Una tempestad de palmadas estalló en aplauso de la donosa cantora, y eso que esceptuando á don Julian que ya contaba vein-

ticinco años, los demás pertenecían todos á esa clase de calaveras en agraz á quienes se califica de pollos.

Solo Enrique pareció resentirse un poco; pero la traviesa Claudia le consoló con sus caricias, que el adolescente aceptaba con placer.

—Cantas divinamente—le dijo con entusiasmo;—pero la canción es insípida.

—Pues no tienes motivo para resentirte de ella, bribonzuelo... tú ya eres gallo, y hoy mismo has de darme pruebas de ello.

Y le dirigió una de esas miradas homicidas á que es imposible resistir.

—Canta otra cosa.

—Voy á cantar la canción de *Los Capones*. Todo cosas de sustancia.

—¡Bravo! bravísimo—esclamaron los demás; y Claudia cantó lo siguiente:

Nadie está por los capones
de frac, gaban ó levita;
si hay mujer que alguno admita
querrá capon con arroz.

Por lo demás, gallo, gallo
desde el tobillo á la nuca,
no capones con peluca
y asma y gota y reuma y tos.

Risa dan los vejestorios
al echar flores galanas,
ó al dar un mechón de canas
al ángel de su pasión.

Risa dan á todo el mundo
estas mómias mamelucas
cuando olvidan sus pelucas
su asma y reuma y gota y tos.

—¡Bien, bien, bien!—gritaron todos entre solemnes risotadas.

—¡Silencio!—esclamó con imperio la cantora, que ahora les toca el turno á las cluecas.

Y prosiguió cantando lo que sigue:

No se puede tolerar
á esa madama vestiglo
que con mas de medio siglo
aun pretende enamorar,
y se acicala muy hueca
la maldita vejancona
con empeño de lucir!
Mire usted señora Clueca
co-co-co-coquetona
que á todos hace reir.

Con histérico y sin dientes...
espuesta siempre á un insulto...
y sobre todo ese bulto
del cual se asustan las gentes...
y con flato y con jaqueca
y con la edad que amontona
quiere usted dar que decir?
Mire usted señora Clueca
co-co-co-coquetona
que á todos hace reir.

Es usted un dromedario,
señora mia, con faldas.
Vuelva al mundo las espaldas
y encamínese al osario.
Una vieja gorda, peca
mostrándose retozona
sin pensar que ha de morir.
Mire usted, señora Clueca,

co-co-co-co-coquetona
que á todos hace reir.

Es imposible ponderar el efecto que hizo esta cancion en el auditorio. Todos se desternillaban de risa por la gracia con que imitaba la cantora á las cluecas cuando decia lo de *co-co-co-co-coquetona*.

Al ver que dejaba la guitarra, apoderóse de ella don Julian, y exclamó:

—Señores, no trato de competir con la salada rúbia, y por cierto que creia yo que la sal era peculiar de las morenas, no quiero competir, repito, con la que con tanto donaire acaba de cantar; pero viendo que nada ha dicho de los que ya calzamos espolones, voy á cantar la cancion del *Gallo*.

—¡Bien! ¡bien!—fué el grito general.

Y con toda la maestría de un excelente bufo caricato, cantó lo siguiente:

Silfides bellas
venid, llegad
y haced que sea
vuestro sultan.
No soy un nene
ni un carcamal,
soy gallo y canto
kakaraká.

—
Con rizos de oro,
nevada tez,
ojos azules,
labios de miel,
hermosas rúbias
me enloqueceis,
y al veros grito:
kekereké!

Pues sois mas lindas
que el Querubin,
niñas morenas
venid, venid,
vuestros encantos
me hacen tilin,
vuestros ojuelos
kikirikí!

— Yo os amo á todas...

¿y por qué no
siendo las reinas
del mismo amor?
Llegad pedazos
del corazon,
juntos cantemos
¡kokorokó!

— Mas si sois viejas
ó feas... uf!
apoderaos
del ataúd.
No vengais, fúrias,
á hacerme el bú!
¡Zape, tarascas!
¡kukurukú!

Muy aplaudida fué tambien la picaresca truhanería con que cantó don Julian la cancion del *Gallo*, que trataban de hacerle repetir; pero él dijo:

—No me es posible complacer á esta amable sociedad, porque se me ha secado la garganta. Tambien debe habersele secado á la hermosa rúbia que me ha precedido en el canto, y á todos ustedes señoras y señores, por los gritos de entusiasmo con que se han dignado acoger nuestros esfuerzos, y siendo la sequía general una

calamidad pública, soy de opinion que no retardemos el instante del remojo.

—Dice bien don Julian—repuso la Claudia—y hallándose ya el almuerzo corriente en el comedor, al asalto, señores.

—¡Al asalto!—gritaron todos, y corrieron de tropel al comedor.

Como la mesa estaba cubierta solo de fiambres y esquisitos vinos, para nada se necesitaban criados, y el animado grupo de las seis parejas, hallábase de este modo libre de testigos impertinentes.

Describir con exactitud la cinica alegría que reinó en aquel recinto es operacion imposible; mayormente cuando ya todas las botellas estuvieron exhaustas y habian emigrado los riquísimos manjares de los platos.

La fermentacion era general, y no solo la que producía el festivo Baco en los estómagos, sino que el hijo de Venus hacia tambien de las suyas, y no habia corazon que no se hallase flechado y ansioso de la fruta que perdió á nuestros padres Adan y Eva.

—Señores, yo estoy por la libertad de conciencia,—dijo uno de los concurrentes—y como jamás me ha remordido por haber dado el ósculo de paz á una linda morena, me pronuncio por los ósculos.

Y dando un abrazo á una morenilla que tenia al lado suyo, le añadió unos cuantos sonoros besos que fueron estrepitosamente aplaudidos por todos los concurrentes.

—Yo estoy por la poligamia—esclamó don Julian—y levantándose de repente, después de haber abrazado y besado á la muchacha que tenia junto á él, pasó á hacer otro tanto sucesivamente con todas las demás.

Exaltados los otros jóvenes por el mal ejemplo, que á ellos les



(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

(12)

pareció muy bueno y sabroso, levantáronse todos, y empezando por el abrazo y el beso, entróles en sus deseos tal frenesí, que haciendo un poco bruscas sus embestidas á las muchachas, empezaron estas á correr y chillar, y gritando sus perseguidores «¡Viva la poligamia!» acabaron por cargar cada cual con su cada cual, reproduciendo con toda propiedad el célebre *Rapto de las Sabinas*.

Una sola, precisamente la Claudia, la del dominó verde que en el baile habia conquistado el corazon de Enrique, la de las canciones, se habia salvado por casualidad del general estupro; pero fué porque el jóven adolescente, novicio en semejante escena de lubricidad, se arrinconó como amilanado de lo que sus ojos estaban viendo.

Aproximósele la Claudia, y asiéndole por la barba con las yemas de sus blancos dedos, le besó en la boca, diciéndole con dulzura:

—¿Qué haces tú aquí, pichon mio? Ven conmigo, hermoso. Ya te he dicho antes que habias de ser hoy mi gallito.

Y salieron del comedor.

Las demás sabinas habíanse diseminado con sus raptos por distintos aposentos, sin duda á poblar aquellas colonias.

.....
El rapto de las sabinas costó un par de onzas al hijo de la marquesa de Bellaflor, y su madre quedó muy contenta cuando le dijeron Enrique y su amigo que con ellas habia aquel salvado de la indigencia á una familia menesterosa.

Semejante rasgo de generosidad y filantropía, pintado con los mas bellos colores por el hipócrita don Julian, dejó convencida á la marquesa de que Enrique atesoraba el mejor corazon del mundo, y no dudando que esto causaria la mas dulce satisfaccion á su

padre que le adoraba, apresuróse, con motivo de escribirle como tenia de costumbre todos los correos, á noticiar á su querido Luis la buena accion del inocente niño, tal como se la habia contado el caballero de Linares, estupenda fábula de la cual podrá juzgar por la lectura de las primeras líneas del próximo capítulo, el curioso lector, y deducir lo mucho que interesa á los padres evitar las malas compañías de sus hijos.

CAPITULO LIV.

LA INFLUENCIA INVISIBLE.

El 4 de marzo de 1851 escribia la marquesa á su esposo en los términos siguientes:

«Luis mio: ¡Si vieras con qué placer cojo la pluma para escribirte!

Son los únicos instantes de felicidad que experimento; pero no digo mal, porque las caricias de mis hijos me proporcionan tambien ratos deliciosos.

En todas sus conversaciones me hablan de tí, manifestándome los mas vivos deseos de abrazar á su querido papá.

Ansían tu regreso con el mismo ardor que yo; convéncete, ídolo mio, de que no podemos ser dichosos lejos de tí.

Isabelita es cada dia mas graciosa; y siempre dócil á mis deseos, jamás me veo en la precision de tener que dirigirle una sola palabra enojosa.